

Francisco J. Bernal (1949-1991)

Una vocación constante

A la muerte de André Gide, Luis Cernuda concluyó el poema de homenaje al autor de *Si la semilla no muere* con este verso: “Bien pocos seres que admirar te quedan”. La admiración a una persona supone que en esa persona se cifran cualidades fuera de lo normal; pero también supone que esas cualidades no son privativas, no son excepcionales, sino comunes, pertenecen a todos. La diferencia, me parece, entre una persona admirable y otra que no lo es, radica en que la primera hace de su vida, sin quererlo, un ejemplo, y las restantes se pasan la vida intentando estar a la altura de ese modelo. Esto es lo que expresa el verso de Cernuda: sin personas a la que admirar, sin ejemplos de vida, uno está más solo. Ese “bien pocos”, que parece dicho con cierto cansancio, está pronunciado en la sombra de una habitación que ha quedado súbitamente deshabitada.

El mundo de las bibliotecas, que abarca curiosamente el mundo, aunque se empeñen las administraciones en reducirlo a la escala más minúscula, se quedó ciertamente desolado con la muerte en accidente de Paco Bernal. Han pasado diez años, y con la imaginación quisiera uno tantear qué hubiera hecho Paco Bernal durante todo este tiempo. Diez años, en esta época de velocidad, es mucho tiempo. No soy un experto en bibliotecas, aunque siempre he estado muy cerca del espíritu que las anima, y trabajé con Paco Bernal prácticamente en todos los proyectos que inició. Eso me da pie para imaginar que, a pesar de la mayor y más penosa de las incomprensiones, él hubiera continuado trabajando siempre a favor de las bibliotecas. “Debemos mantenernos al lado de los que trabajan hasta el final, como los Bernal, y no de los ministrillos/as de turno”, dice Melquíades Álvarez. Trabajar hasta el final indica que se trata de una tarea que exige una vocación constante, no una mera incorporación más o menos circunstancial a un proyecto, por atractivo que éste sea.

Paco Bernal tuvo la fortuna, que no se le concede a todos los hombres, de una convicción a prueba de adversidades. Esa convicción, de la que hizo una forma de vida, fue ver con absoluta claridad la enorme importancia que supone para el conocimiento y la libertad de todos los ciudadanos el acceso a las bibliotecas. Vio, por tanto, que debía existir un puente sólido que uniera la orilla donde se sitúa el ciudadano, con sus necesidades de saber, y esa otra orilla que diera respuesta a su participación. Pero no le bastaba con ese puente, que de algún modo ya existía, aunque con sus cimientos muy deteriorados. Bernal era pedagogo, y por tanto consciente del uso de las herramientas más adecuadas. Debido precisamente a su condición de pedagogo, derivó a la convicción de que la herramienta pedagógica y social más importante era, sin duda, la biblioteca. Este paso, que en términos teóricos no acarrea ningún problema, en la práctica, sin embargo, es una auténtica lucha contra los valedores del saber, esos que hacen que la cultura sea algo así como una custodia para sacar en procesión, como quien saca a un preso a pasear por el patio de la cárcel. Aún recuerdo a Bernal preguntándose: ¿pero qué impide a este país hacer una buena política bibliotecaria? Insertar la biblioteca escolar en los centros de enseñanza –decía–, crear la figura del bibliotecario escolar, familiarizar al estudiante, desde la primera enseñanza, con la búsqueda de los recursos, y después, cuando ya ha dejado de ser un estudiante, con los centros multimedia, que prolongan el acceso al conocimiento, todo esto es de una evidencia pasmosa; sería como crear minas –decía–, minas con vetas de oro inagotables, pues ciudadanos así, en permanente contacto con el conocimiento, están siempre aprendiendo, y son personas capacitadas para hacer un país mejor y más digno para todos. Tan evidente, tan obvia, le resultaba a Bernal la necesidad de esta infraestructura, que se dedicó por entero a las bibliotecas, a las que entregó su vida –aquellos que estábamos cerca de él los días anteriores a su muerte sabemos que ésta no es una frase retórica–.

Paco Bernal, qué duda cabe, hubiera seguido trabajando todos estos años. Pero de algún modo se puede decir que ha seguido aquí presente, pues la permanencia de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA se debe más a su ejemplo, al dotarla de los instrumentos necesarios, que a la tenacidad de los que venimos haciendo la revista mes a mes. Cuando se fundó, nadie apostaba por su continuidad, y hubo muchas voces que vaticinaron que no llegaría al cuarto número. Incluso alguna voz muy bien colocada en las gradas universitarias, no tuvo ningún empacho en sugerir a Bernal que bastaba el mero hecho de fundar la revista para hacerla valer en su expediente académico, o sea que bastaba con un número. Contra esta picaresca intelectual (que genera proyectos fantasmas para que todo siga igual) luchó Bernal con una actitud en verdad indeclinable. Al contrario de tantos sabuesos de la cultura, que se apuntan al viento más favorable, él apostaba por una verdadera renovación, una renovación que implicaba, si lo pensamos bien, una radical transformación, en sus términos más utópicos, del acceso a la cultura y a la información, puesto que, de llevarse a cabo dicha transformación, la sociedad resultante sería no sólo otra, sino notoriamente distinta.

“Nada hay más vasto que las cosas vacías”, dijo Bacon. Tal vez esta frase hubiera podido ser la divisa de Bernal en su relación con el mundo de las bibliotecas. En uno de sus artículos declaraba que “es indispensable que se incluyan las técnicas de trabajo intelectual y la metodología bibliotecaria y documental entre las materias obligatorias para la obtención de títulos medios y universitarios”. Con estas palabras abogaba por hacer desaparecer de nuestro horizonte la ancestral desidia de este país que, en materia de investigación científica, nunca ha mostrado especial inclinación por el rigor de la ciencia. España, es de todos sabido, no es tierra de investigadores y científicos, y los ejemplos aislados, que nos redimen de una esterilidad absoluta, consiguieron realizar su trabajo, cuando lo lograron, mediante un empeño que cabe calificar de heroico, con medios siempre insuficientes que suplía la fortaleza de su vocación.

No es exagerado decir que Paco Bernal pertenece a esta estirpe de hombres quiméricos, surgidos en un país que no por azar creó la figura de Don Quijote, un personaje que se define por su hermosa y patética vinculación con el fracaso. Bernal tenía, ciertamente, algo quijotesco, siempre con un punto de entusiasmo al que se añadía esa sombra un poco cómica que, en las ocasiones en que debía visitar al político de turno, se hacía notar en sus ademanes, en la emoción con que entregaba sus propuestas, en la sorprendente vitalidad con que *alucinaba* con sus proyectos frente al rostro escurridizo o arenoso de un director general, por ejemplo, a quien conseguía contagiar su entusiasmo, y acaso extraer algunos buenos deseos de cooperación y ayuda que luego quedaban en humo de pajas. Un día en que estaba muy irónico, o tal vez habría que decir resignado a convertirse en un visitador de despachos, hizo la suma de los políticos con los que había hablado, y el resultado, lo recuerdo, era mareante; lo peor, sin embargo, fue constatar que, en general, de todas esas gestiones lo único que había logrado era un racimo muy compacto de promesas. De este modo, se dio cuenta, conocía bien la actitud y el interés de sus *entrevistados* hacia las bibliotecas, y disponía de una curiosa cartografía nebulosa de buenas intenciones, pero en definitiva –dijo– sólo se puede contar con el propio esfuerzo.

La revista EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA nació, precisamente, como el medio más idóneo para aglutinar esfuerzos, y servir de vehículo para que bibliotecarios y documentalistas dispusieran de un instrumento que les permitiera compartir sus experiencias. El hecho de que, aún hoy, sea la única revista de estas características en nuestro país, dice mucho de la visión anticipada de Bernal, consciente, por otro lado, de que los hombres y mujeres que trabajan en las bibliotecas están necesitados de una publicación abierta al intercambio que les saque de ese estado de anónima condición a que parecen condenados en sus centros de trabajo. Mediante la revista se ha cumplido el sueño de convertir sus páginas en un foro internacional, donde los grandes y pequeños nombres del mundo bibliotecario han tenido la oportunidad de compartir tareas y proyectos, y dirigir así mejor sus esfuerzos hacia la transformación –aunque esa transformación aún no se ha producido en la escala debida– de la política bibliotecaria, siempre tan deficiente y aséptica. No han faltado, en estos diez años sin Paco Bernal, como no faltaron tampoco cuando Bernal estaba con nosotros, dificultades y momentos muy duros en que la revista ha estado a punto de naufragar. Actualmente, el compromiso de las revistas llamadas culturales con el público, y del público lector con las publicaciones que, desde una óptica independiente, mantienen una relación crítica con la cultura –hoy tan mercantilizada que se promociona un libro como se promociona un perfume–, está en un momento de crisis, agravada tanto por la castración de la conciencia política del ciudadano, que sólo se interesa por el mantenimiento de su *status*, como por la anulación general del pensamiento crítico, que homogeneiza las actitudes y desarrolla una actitud pasiva muy cercana a la sumisión. El espíritu de Paco Bernal, por el contrario, estuvo imbuido de una elegante rebeldía, de una indesmayable fe en la razón común, en aquello que la sociedad puede y debe compartir, y lo guiaba el más implacable de todos los sentidos: el sentido común. Habrá que repetir aquí, por centésima vez, aquello que dijo Dürrenmatt: “Qué triste es luchar por lo que es evidente”. Con el cumplimiento de los diez años de la desaparición de Paco Bernal, a la melancolía del recuerdo de su muerte, tenemos que añadir también aquí la tristeza de esa frase que sigue estando, para nuestra desgracia, en la zona más visible de la más cruel actualidad.

PUBLICIDAD